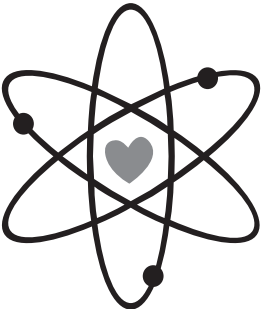


Sonia Fernández-Vidal

QUANTIC

LVE

LUNA  ROJA

*Dedicado a Marta C.F.,
porque solo alguien como ella, con un enorme corazón,
podía dejar como fruto una persona tan maravillosa
entre nosotros. Gracias.*

Con amor cuántico.

Primera edición: enero de 2012

Diseño de cubierta: Book & Look
Maquetación: Marquès, S.L.

Edición: Marcelo E Mazzanti
Coordinación editorial: Anna Pérez i Mir
Dirección editorial: Iolanda Batallé Prats

© 2012, Sonia Fernández-Vidal, por el texto
© 2012, La Galera SAU Editorial,
por la edición en lengua castellana

La Galera, SAU Editorial
Josep Pla 95 - 08019 Barcelona
www.editorial-lagalera.com
lagalera@grec.com

Impreso en Liberdúplex
Ctra. BV-2249, Km. 7,4
Pol. Ind. Torrentfondo
St. Llorenç d'Hortons

Depósito legal: B-41.365-2011
Impreso en la UE
ISBN: 978-84-246-4170-2

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra queda rigurosamente prohibida y estará sometida a las sanciones establecidas por la ley. El editor faculta a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) para que pueda autorizar la fotocopia o el escaneado de algún fragmento a las personas que estén interesadas en ello.

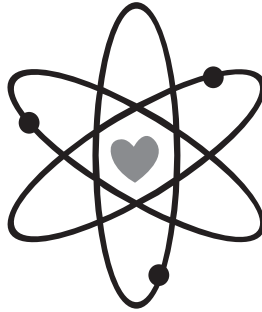
«Gravitation is not responsible
for people falling in love».

ALBERT EINSTEIN

«Sin ciencia, el amor es impotente;
sin amor, la ciencia es destructiva».

BERTRAND RUSSELL





1. LAS PUERTAS DE SHAMBHALA

A veces el futuro nos susurra algo al oído por un breve instante. Algunos lo llaman premoniciones, otros intuición. Yo solo sé que al entrar en aquel avión *supe* que todo iba a cambiar. La Laila que dejaba Sevilla con destino a Suiza no volvería jamás.

Mi permiso de trabajo como camarera del CERN era temporal, pero de repente entendí que habría un antes y un después de aquel verano.

Nerviosa, me abrí paso entre la gente que colocaba a presión su equipaje de mano. Asiento 17A, ventanilla. ¡Iba a ser una gozada ver los Alpes desde el cielo!

Una vez en mi asiento, coloqué el bolso entre mis pies y saqué la Moleskine que me había regalado mi padre para el viaje. Me emocioné al mirar la primera página de la libreta de tapas negras sujetadas por una goma. Allí me esperaba una cita de Peter Matthiessen que resumía a la perfección la corazonada que acababa de tener:

*Un hombre sale de viaje
y es otro el que regresa.*

Si algo debía reconocer a mi padre era que siempre acertaba con los regalos. Las palabras del autor de *El leopardo de las nieves* —su novela de viajes favorita— resonaban ahora con más fuerza en mi interior, ya que estaba emprendiendo mi odisea particular.

Mientras la azafata daba unas indicaciones de seguridad a las que nadie atendía, en mi interior volví a escuchar la voz suave y serena de mi padre:

—Mantén los ojos bien abiertos, Laila. Vas a vivir una experiencia única en el centro de investigación más importante de Europa. Pon tus manos a trabajar en esa cafetería, pero con tu mirada lejos en el horizonte.

—Papá, que solo me voy tres meses... —había protestado.

Luego le había dado un cálido abrazo. Sabía exactamente qué venía a continuación. Me repetía aquella fábula oriental desde que yo había cumplido los catorce. Y de eso hacía ya cuatro años...

—¿Recuerdas la historia del cazador que encontró Shambhala mientras perseguía un ciervo? Al ver que se habían abierto las puertas del paraíso tibetano, el guardián le invitó a pasar, pero el cazador quiso volver a buscar a su familia. Cuando regresó, la montaña se había cerrado, pues las puertas de Shambhala se abren una sola vez en la vida para cada uno. Cada oportunidad es única, Laila, y si no la aprovechas, te sucederá como al cazador, que tuvo que seguir persiguiendo ciervos el resto de su existencia.

Mi padre era un soñador incorregible. Tal vez por eso se había casado con la persona más práctica y realista del planeta: mi madre. Sus palabras fueron como un chorro de agua helada:

—Estate por el trabajo, gasta poco y déjate de chicos. Piensa que en tres meses tendrás que volver para empezar la universidad. No quiero que se te llene la cabeza de pájaros. Por mucho premio Nobel que circule por allí, no olvides que no eres Einstein, sino la chica que pone los cafés con leche.

Al tomar tierra en el aeropuerto de Ginebra, me acobardé por primera vez desde que me había enrolado en aquella aventura. Sentí que el cielo nublado se me venía encima. Todos mis amigos estaban de vacaciones, mientras yo me dirigía a un lugar desconocido a trabajar en algo de lo que no tenía ni idea. Había mentido en el CV al decir que había trabajado de camarera los últimos dos veranos en un camping de la Costa Brava.

De repente, deseé volver al avión para regresar a mi soleada ciudad, al mundo conocido, donde todo era aburrido y previsible, pero seguro al fin.

«Respira hondo», me dije al darme cuenta de cómo me temblaban las piernas en la cola del control de aduanas. «Te estás comportando como una chiquilla asustada». Esa reprimenda me dio el coraje necesario para resistir el ataque de pánico. Pasé el control sin apartar la mirada del suelo y puse rumbo a la cinta transportadora.

En la sala de recogida de equipajes, un póster inmenso mostraba una imagen de satélite del lugar donde pasaría todo el verano. Se me escapó una sonrisa ante lo que parecía una bienvenida dirigida a mí. En medio de la vista aérea se podía leer:

CERN: EL LUGAR DONDE NACIÓ LA WORLD WIDE WEB

La semana antes de coger el avión, lo había googleado todo acerca

de este sitio. Averigüé que CERN¹ son las siglas del Centro Europeo de Investigación Nuclear, el laboratorio de física nuclear donde se ha construido el mayor acelerador de partículas del mundo. ¡27 kilómetros de circunferencia! Al parecer, esa máquina gigantesca iba a servir para comprender el origen del Universo. ¡Wow!

Recogí mi maleta y tomé la salida en dirección a la parada de autobús, donde se agolpaba un grupo de excursionistas jóvenes. Supuse que se aventurarían en alguna ruta por los Alpes.

A mi lado esperaba un viejecito con una americana de pana marrón y un fino jersey oscuro. Me miró a través de unas gafas de montura antigua con sus ojos pequeños pero alegres. Le devolví la sonrisa tímidamente. Tenía pinta de ser un conserje jubilado.

Cuando llegó el autobús que debía dejarme a las puertas del CERN, ocupé un asiento cerca del conductor y el viejecito se sentó a mi lado.

—Hola jovencita —me saludó en un inglés perfecto—. No eres de por aquí, ¿verdad?

Tenía pocas ganas de entablar conversación, estaba demasiado nerviosa. Sin embargo, la simpatía de aquel abuelito me impedía ser maleducada. Le devolví el saludo en inglés y añadí:

—Vengo de Sevilla.

—Preciosa ciudad... ¡Me encantan el flamenco y las tapas! ¿Se puede saber qué te ha traído a Suiza?

—Voy a trabajar este verano en el CERN, el laboratorio de física que hay a las afueras de Ginebra.

—Conozco el lugar —sonrió el anciano.

1. Del francés, Conseil Européen pour la Recherche Nucléaire.

Esperaba que la conversación terminara aquí. A modo de evasiva, desvié la mirada distraídamente por la ventana, pero el anciano no tenía intención alguna de quedarse callado.

—Pareces un poco joven para ser investigadora, ¿o acaso eres un geniecillo?

—No soy ningún genio... Solo trabajaré como camarera durante estos tres meses de verano.

Pude notar la tristeza que acompañaba mi última frase. De nuevo se me hizo un nudo en la garganta al pensar en los meses que me esperaban. En el instituto había conseguido las mejores notas de mi curso. Allí sí que me consideraban un geniecillo. Todos mis profes aseguraban que sería una universitaria brillante. No obstante, en ese momento me encaminaba al sitio con más cracs por metro cuadrado del planeta, y sin otra misión que servirles café.

Esa perspectiva me hacía sentir muy insignificante. Volví a ser consciente de lo sola que estaría durante esas interminables semanas. Me mordí el labio y tragué saliva con fuerza para diluir la horrible sensación de estar a punto de llorar.

—Un destino curioso para ganarse algún dinerillo...

«¡Viejo entrometido!», suspiré molesta, aunque el mal humor me ayudaba a contener las ganas de llorar. Agradecida al menos por eso, le seguí el juego:

—Descubrí una bolsa de trabajo europeo donde aparecía esta oferta para estudiantes. El año que viene quiero entrar en la universidad y estoy dudando entre hacer matemáticas o física. Un tiempo fuera de casa me ayudará a decidirme.

No creí necesario explicar al buen hombre que mis padres habían tenido que cerrar su pequeña librería. La crisis había podido más que un sueño iniciado antes de que yo naciera. Mientras mi

padre buscaba cualquier trabajo, mi madre había empezado a remendar prendas de las vecinas, pero no era suficiente para afrontar los gastos de una carrera.

—Me parece una decisión muy sabia, jovencita. Por cierto, me estoy comportando como un viejo maleducado. Ni siquiera me he presentado: me llamo Murray.

—Yo soy Laila.

—Un nombre precioso, geniecillo.

—Es de origen árabe —le expliqué—. Significa «hermosa».

—Entonces, aparte de un nombre bonito, es muy apropiado para ti. Por cierto, si te alojas en el CERN, tienes que bajar en la próxima parada. Te voy a apuntar mi número de teléfono. Si necesitas cualquier cosa, hijita, cuenta conmigo.

Dicho esto, sacó una estilográfica y anotó en un pedacito de papel varias cifras antes de doblarlo y ofrecérmelo.

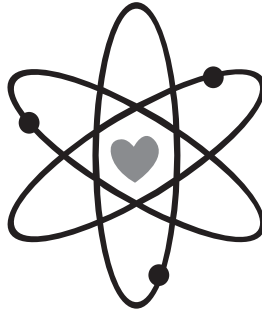
Iba a agradecerle de corazón aquel gesto, cuando el autobús llegó a mi parada. Bajé de un salto y recogí mi maleta de la bodega.

Antes de guardar en el bolsillo el papel que me había dado el anciano, pude leer una frase singular impresa en el dorso:

«Los analfabetos del siglo XXI no serán aquellos que no sepan leer o escribir, sino los que no puedan aprender, olvidar lo aprendido y aprender de nuevo».

ALVIN TOFFLER

Guardé la nota en mi libreta. Había decidido que se convertiría en mi cofre de pequeños tesoros. Aún no era consciente de cuántos de ellos iba a acumular durante los meses de aquel verano inolvidable.



2. ANGELINA

La carretera que daba acceso al CERN terminaba en una caseta de vigilancia. En un edificio anexo debía recoger la acreditación que me permitiría pasar el control de seguridad.

Me recibió una funcionaria de aspecto soviético con cara de pocos amigos. Estaba detrás de un mostrador decorado con plantas de plástico del que sobresalía una pantalla de ordenador.

Chapurreando en francés, conseguí explicarle el objetivo de mi visita y me hizo una fotografía con su webcam. Desgraciadamente, tendría que lucir aquella instantánea en la que salía horrorosa en mi *badge*—el pase de acreditación— durante toda mi estancia en el CERN.

Tras darme una carpeta con el seguro médico y el contrato temporal, me ofreció un mapa con todos los edificios que formaban el complejo del laboratorio. Me sorprendió que fuese tan enorme, aunque estaba compuesto por un sinfín de pequeños bloques.

—Aquí es dónde te alojarás: edificio 41, puerta izquierda. En esta residencia se albergan también los estudiantes de verano.

«¡Genial! —pensé enseguida—. Al menos habrá gente joven».

Le agradecí amablemente todas las indicaciones que me había dado y salí zumbando.

Maldición. Había empezado a llover. Me cubrí la cabeza con la carpeta mientras me dirigía a toda prisa hacia el control de seguridad al aire libre. Avergonzada, enseñé la acreditación con mi peor fotografía hasta la fecha.

Los agentes de seguridad hablaron entre ellos en un francés demasiado rápido para que les comprendiese. Estaba convencida de que se reían de mi foto, ya que me saludaron entre sonrisas y me dejaron pasar.

No tardé en llegar a la puerta de mi residencia, donde me recibieron un montón de bicicletas viejas y oxidadas. Ninguna de ellas estaba candada y eran todas iguales, con un pequeño logo del CERN en el guardabarros.

Me pregunté si podría tomar una prestada para escaparme a Ginebra, que estaba a pocos kilómetros de allí. Eso sí dejaba de llover en algún momento, claro.

El feo y anticuado edificio de hormigón me decepcionó. Esperaba unas instalaciones más modernas, futuristas incluso. Al fin y al cabo me encontraba en el laboratorio de investigación más puntero del mundo.

Una vez en el tercer piso, no me costó dar con la habitación que me habían asignado, la 317. Podía oír música machacona a través de la puerta, lo que significaba que mi compañera de cuarto estaba dentro. Llamé y esperé, pero nadie contestó, así que decidí entrar con mi propia llave.

La música salía de un Mac que estaba en uno de los dos escritorios de la habitación. Era lo bastante amplia para dos personas, pero mi compañera parecía no opinar lo mismo. Encontré unos sujetadores negros de encaje en el suelo junto a dos calcetines sucios. Había dos camas arrimadas a las paredes laterales de la estancia. Una de ellas estaba completamente deshecha y la otra hacía la función de armario horizontal para un montón de ropa desordenada.

Me quedé plantada en medio del cuarto, sin saber exactamente dónde colocar mi pequeña maleta. No disponía de mucha ropa, pero debía esperar a que mi compañera desalojase sus trapitos de mi cama para instalarme.

Tomé de su escritorio una libreta que sobresalía de entre los papeles llenos de apuntes y fórmulas. Pude ver en una perfecta caligrafía que había escrito su nombre: Angelina.

Justo entonces la puerta del baño se abrió de sopetón y di un respingo. Una chica completamente desnuda y mojada de pies a cabeza me increpó:

—¿Se puede saber qué coño haces con mis cosas? —gritó mientras me arrancaba la libreta de las manos.

Me miró de arriba abajo con desprecio antes de añadir:

—Así que tú eres la estudiantucha con la que tengo que compartir esta mierda de habitación. Espero que no seas una cleptómana o te las verás con mi puño.

—Te equivocas —le respondí en un inglés mucho más británico que el suyo—, no soy una estudiante de verano. Trabajaré en el restaurante y sí... parece que voy a ser tu compañera de cuarto.

Mientras murmuraba algo incomprensible entre dientes, la expresión de su cara pasó del fastidio a la curiosidad.

—¿Camarera? Eso sí que es una buena noticia. Por fin voy a tener copas gratis.

Dicho esto, agarró con ambos brazos toda su ropa de encima de mi cama y la lanzó, sin ningún cuidado, sobre la silla de su escritorio.

A pesar de estar completamente en cueros, aquella chiflada se movía por la habitación con total naturalidad. Y la verdad era que tenía un tipazo de esos que te permiten andar en bikini o sin él con orgullo. Debía de medir metro setenta como mínimo. Tenía unas largas piernas y unas curvas de vértigo. Su melena completamente mojada le caía sobre los hombros desnudos. Tenía unos pequeños ojos azules y una nariz puntiaguda con las pecas justas para resultar atractiva. Su tez, de un bronceado impecable, contrastaba a la perfección con su pelo rubio.

En comparación con ella, yo era una morena discreta que no quitaba el hipo a nadie, aunque mi padre siempre me había comparado con Audrie Hepburn. Claro que eso era amor incondicional...

Alargué la mano y nos presentamos. Angelina me chocó los cinco a la americana.

—Vuelve a llover... ¡Joder! Lo que daría por estar haciendo surf en Tasmania en vez de estar clausurada en este asco de lugar lleno de frikies.

En un intento por volver a entablar una charla cordial le pregunté:

—Entonces, ¿eres australiana?

—¿Pero tú qué eres: camarera o Sherlock Holmes? Nací en Florida, pero a mi viejo le destinaron a Inglaterra hace siete años. Abu, yo le llamo así, es un prestigioso y aburridísimo

catedrático de Cosmología en la excelentísima universidad de Oxford. ¡Puaj!

—¡Qué suerte tener un padre así! —contesté admirada.

—Si claro, apasionante. Por eso ha mandado aquí a Angie, su hija prodigio, para seguir sus fabulosos pasos y convertirme en otra pedante científica que duerme a las ovejas. Encerrada y sin una triste discoteca en kilómetros a la redonda donde desfasar un poco. ¡Qué infierno!

Unos golpes tímidos en la puerta interrumpieron nuestra conversación.

Me acerqué y pregunté quién era sin abrir, puesto que mi compañera de habitación iba sin ropa.

Como un rayo, Angie se me adelantó y abrió la puerta de par en par. Un chico moreno con un polo a rayas la contempló boquiabierto. Cohibido, apartó la mirada del cuerpo desnudo de aquella loca.

—Hay una fiesta en el pasillo del cuarto —tartamudeó sin dejar de escanearla de reojo—. Pensé que te gustaría venir...

—¿Tenéis cerveza?

—Sí, mis amigos se han encargado de cruzar a Francia en busca de alcohol.

—Cool —contestó, relajada, mientras tomaba un vestido azul del montón de ropa.

Tras ponérselo apresuradamente, sin ropa interior, agarró por el brazo al chico y me dijo por encima del hombro:

—Que duermas bien, bebé.

Luego cerró de un portazo.

Tardé casi un minuto en procesar la escena que acababa de vivir. Fatigada por el viaje, apagué la música de su Itunes, me puse el

pijama de verano y me tumbé en la cama. Luego seleccioné en mi iPod Nano una pista de Nikosia, *Melancholy n.º1*. Aquella canción encajaba como anillo al dedo con mi estado de ánimo.

Mientras se fundía la última luz de la tarde, aquella reparadora calma pronto se convirtió en soledad y en un cierto temor. Recordé una entrevista que había leído al psiquiatra Enrique Rojas. Mencionaba la fórmula: SOLEDAD + TIEMPO = DEPRESIÓN. Eso funcionaba así «excepto con los intelectuales, que nunca se sienten solos aunque no haya nadie a su lado», había dicho.

Yo no era una intelectual. Como mucho, un saco lleno de sueños, aunque tampoco sabía cuáles. Había llegado a un destino envidiable. Estaba en uno de los lugares más fascinantes del mundo. Sobre todo para mí, que barajaba estudiar una carrera de ciencias.

Aun así, me sentía perdida y sola. También algo pesimista. Tenía un humilde trabajo de camarera y una exhibicionista loca como compañera de cuarto. Todo apuntaba que pasaría el tiempo libre de aquellos meses más sola que la una.

Una nueva cita, esta vez del viajero Bruce Chatwin, acudió a mi cabeza: «¿Qué hago yo aquí?».

Me permití la licencia de derramar alguna lágrima. Una vez abierto el grifo, el llanto surgió con facilidad. Abracé la almohada buscando consuelo. Aceptar aquel trabajo lejos de casa había sido una mala decisión, me dije. Antes de que pudiera rebatir esa idea, me quedé dormida.